

# 32º Dom. T. O. Ciclo A Lámparas encendidas



Te espero, Señor,  
con mi lámpara encendida,  
sin perder la calma,  
sin que me arrastren las prisas,  
aguardando con paciencia,  
alejado de lo que me despista,  
para estar centrado en lo que  
me sustenta y consolida.  
Te espero, Señor,  
con mi lámpara encendida  
para iluminar las sombras  
que me rodean y me habitan,  
para alumbrar las noches  
de quienes no ven salida  
en los caminos oscuros  
por donde les conduce la vida.  
Te espero, Señor,  
con mi lámpara encendida,  
alimentada con el aceite  
de la fe compartida,  
de la escucha de tu Palabra,  
de nuestra relación íntima,  
de la entrega generosa  
en el tiempo sostenida,  
de la esperanza firme  
que no se da por vencida.  
Te espero, Señor,  
con mi lámpara encendida  
para que cuando llegues  
te reciba  
y llenes mi casa  
de paz y alegría.

Que Tu Luz, Señor, nos haga ver la luz.  
Que con nuestro trabajo de cada día  
busquemos la verdad,  
el bien, el servicio y la paz,  
y seamos capaces de iluminar  
a cuantos viven en oscuridad,  
sin poder acoger tu Luz.  
Que los hermanos  
que viven trabajos precarios,  
sin seguridad,  
sin poder llegar con su salario  
a cubrir sus necesidades  
y las de su familia,  
que Tu Luz los ilumine.  
Que las familias que se rompen  
por la incomunicación, el desamor,  
la incomprensión,  
que Tu Luz los ilumine.  
Que los jóvenes  
que no ven salida ni sentido,  
que no encuentran trabajo ni vivienda  
para formar su vida y su familia,  
que Tu Luz los ilumine.  
Que los ancianos que se sienten solos,  
abandonados, sin el cariño  
y el cuidado de los suyos,  
que Tu Luz los ilumine.  
Que los que queremos  
salir a tu encuentro, Señor,  
de verdad tengamos  
la fuerza y el coraje para hacerlo,  
ahora y siempre,  
despiertos, activos y vigilantes.  
Y podamos caminar por la vida  
como hijos de la Luz. Amén.

[Ángel María Lahuerta Millas]



- **¿DESPREOCUPADOS O RESPONSABLES?** Decimos a veces: “hay tiempo todavía”, “nos queda mucho margen para...”, “ya llegará el momento...” Y así vamos dejando para más tarde las cosas fundamentales. Vivimos de cualquier manera, de forma superficial, sin darle importancia a lo esencial, dilatando las decisiones en el tiempo... La parábola nos interpela para que estemos despiertos y vigilantes. Cuando menos lo esperamos, dónde menos nos lo imaginamos, desde los lugares más insospechados... Dios llega ¿Nos encontrará “dormidos en los laureles” o preparados para acogerle? A veces la espera se hace larga, pero merece la pena. Los éxitos, los grandes deseos, las mejores promesas... se hacen esperar. Todo lo más valioso en la vida se hace esperar. Y por eso hay que tener paciencia, constancia y responsabilidad para lograrlo.
- **EL ACEITE DE NUESTRAS LÁMPARAS.** Cuando llega el momento importante del encuentro, quien es poco previsor y no ha cuidado lo importante se encuentra vacío, sin nada que ofrecer; y entonces comienzan las prisas, se buscan los atajos, se apela a las “soluciones mágicas”, se recurre a las recetas de otros... No basta tener lámparas, es necesario el “aceite” para mantenerlas encendidas. Y eso no nos lo puede dar nadie, porque no puede venir de otros lo que es trabajo y experiencia personal. Si nuestra fe se queda lánguida, nuestra esperanza mortecina y nuestra caridad apagada... nadie por nosotros pueden revitalizarlas. ¿Con qué “aceite” alimento mi vida espiritual para que no se extinga?
- **SALIR A RECIBIRLO.** Se trata de ponerse en camino para acortar la distancia, para abrirle nuestra vida, para acogerle... Y eso requiere que seamos personas que tengamos encendido el entusiasmo, que no hayamos apagado los ideales, que no estemos “de vuelta” de todo, que no nos haya inundado el desencanto... Para recibirlo debemos descartar la frivolidad y el aturdimiento de quien vive despreocupado; la impaciencia de quien enseguida se cansa para mantener los compromisos y las promesas; las búsquedas compulsivas de experiencias que dejan vacíos continuados...

Necesitamos tu Luz...

- cuando la oscuridad nos envuelve.
- cuando no vemos claro lo que más nos conviene
- cuando perdemos el horizonte y caminamos a la intemperie



Mi lámpara encendida. Magnificat Ministerio de Música  
[https://youtu.be/qdvD\\_ZiGga0?si=zXC9N0q6l\\_F4mgCt](https://youtu.be/qdvD_ZiGga0?si=zXC9N0q6l_F4mgCt)

Ayúdanos, Señor, para...

- que no descuidemos la espera. Que la escucha de tu Palabra nos mantenga alerta.
- que la lámpara de nuestra vida se mantenga encendida para que vivamos de manera responsable nuestras tareas.
- que no nos dejemos arrastrar por la comodidad y la indiferencia. Que no nos presentemos con las manos vacías cuando nos pidan cuentas.
- que tu sabiduría fecunde nuestros proyectos y los vaya orientando hacia tu meta.
- que compartamos nuestra experiencia con los que han cerrado las puertas a la fe, y les sirvamos de referencia.
- Que sepamos acompañar a quienes sufren la pérdida de un ser querido anunciándoles la esperanza de la vida eterna.

**Lectura del libro de la  
Sabiduría  
(6,12-16):**

La sabiduría  
es radiante e inmarcesible,  
la ven fácilmente  
los que la aman,  
y la encuentran  
los que la buscan;  
ella misma se da a conocer  
a los que la desean.  
Quien madruga por ella  
no se cansa:  
la encuentra sentada  
a la puerta.  
Meditar en ella  
es prudencia consumada,  
el que vela por ella  
pronto se ve libre  
de preocupaciones;  
ella misma va  
de un lado a otro buscando  
a los que la merecen;  
los aborda benigna  
por los caminos  
y les sale al paso  
en cada pensamiento.

**Salmo 62,2.3-4.5-6.7-8**

*R/. Mi alma está sedienta de ti,  
Señor, Dios mío*

Oh Dios, tú eres mi Dios,  
por ti madrugo,  
mi alma está sedienta de ti;  
mi carne tiene ansía de ti,  
como tierra reseca,  
agostada, sin agua. R/.

¡Cómo te contemplaba  
en el santuario  
viendo tu fuerza y tu gloria!  
Tu gracia vale más que la vida,  
te alabarán mis labios. R/.

Toda mi vida te bendeciré  
y alzaré las manos invocándote.  
Me saciaré como de enjundia  
y de manteca,  
y mis labios te alabarán  
jubilosos. R/.

En el lecho me acuerdo de ti  
y velando medito en ti,  
porque fuiste mi auxilio,  
y a la sombra de tus alas  
canto con júbilo. R/.

**Lectura de la primera carta  
del apóstol san Pablo  
a los Tesalonicenses (4,13-17):**

No queremos que ignoréis  
la suerte de los difuntos para que  
no os aflijáis  
como los hombres sin esperanza.  
Pues si creemos  
que Jesús ha muerto  
y resucitado, del mismo modo,  
a los que han muerto, Dios, por  
medio de Jesús, los llevará con él.  
Esto es lo que os decimos  
como palabra del Señor:  
Nosotros,  
los que vivimos y quedamos  
para cuando venga el Señor,  
no aventajaremos a los difuntos.  
Pues él mismo, el Señor,  
cuando se dé la orden,  
a la voz del arcángel  
y al son de la trompeta divina,  
descenderá del cielo,  
y los muertos en Cristo  
resucitarán en primer lugar.  
Después nosotros,  
los que aún vivimos,  
seremos arrebatados con ellos  
en la nube, al encuentro del Señor,  
en el aire.  
Y así estaremos  
siempre con el Señor. C  
onsolaos, pues, mutuamente  
con estas palabras.

**Lectura del santo evangelio  
según san Mateo (25,1-13):**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos  
esta parábola: «Se parecerá  
el reino de los cielos a diez doncellas  
que tomaron sus lámparas  
y salieron a esperar al esposo.  
Cinco de ellas eran necias  
y cinco eran sensatas.  
Las necias, al tomar las lámparas,  
se dejaron el aceite;  
en cambio, las sensatas  
se llevaron alcuizas de aceite  
con las lámparas.  
El esposo tardaba,  
les entró sueño a todas y se durmieron.  
A medianoche se oyó una voz:  
"¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!"  
Entonces se despertaron  
todas aquellas doncellas  
y se pusieron a preparar sus lámparas.  
Y las necias dijeron a las sensatas:  
"Dadnos un poco de vuestro aceite,  
que se nos apagan las lámparas."  
Pero las sensatas contestaron:  
"Por si acaso no hay bastante  
para vosotras y nosotras,  
mejor es que vayáis a la tienda  
y os lo compréis."  
Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo,  
y las que estaban preparadas  
entraron con él al banquete de bodas,  
y se cerró la puerta. Más tarde llegaron  
también las otras doncellas, diciendo:  
"Señor, señor, ábrenos."  
Pero él respondió:  
"Os lo aseguro: no os conozco."  
Por tanto, velad,  
porque no sabéis el día ni la hora.»